

Antonio de Ciudad Real

“De la vuelta apresurada que el padre comisario dio para México desde Tlaxcalla”

p. 76-80

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo I

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreras
(edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

274 + [CC] p.

Mapas

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2797-8 (tomo I)

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_01/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

[CAPÍTULO XI]

De la vuelta apresurada que el padre comisario dio para México desde Tlaxcalla

Sabido pues, como dicho es, por nueva muy cierta y verdadera el mal tratamiento que en San Francisco de México se había hecho a fray Pedro de Zárate, y cómo estaba herido en la cabeza y todo el convento inquieto y revuelto, para que tanto mal no pasase adelante sino que se remediase con tiempo, partió de Tlaxcalla para allá el padre comisario, martes trece de agosto ya que amanecía, y no madrugó más porque la mucha agua que aquella noche cayó del cielo no le dio lugar. Pasó el río de Tlaxcalla y el de San Juan, y dejando el camino que va a San Philipe tomó el que va a Hueyotlipan por el pueblo llamado la Trinidad, por donde otra vez había pasado yendo a Tlaxcalla. Por junto a este pueblo corre un arroyo, el cual iba a la sazón muy crecido con lo que aquella noche había llovido, y estaba tan robada la tierra del vado, que con grandísimo trabajo y dificultad le pasó; luego subió aquellas cuestas y barrancas con el mismo trabajo, aunque más prolongado, porque casi no había señal de camino en aquellas laderas, que el agua con su furia se había llevado la tierra y dejándole cuasi ciego, y ese tan resbaloso, que era menester ir muy poco a poco y con mucho tiento para no caer; al fin las acabó de subir, y bajada la mala cuesta y andadas cuatro leguas llegó al pueblo y convento de Hueyotlipan antes de comer, donde por ir muy cansado e indispuerto, y todo mojado del rocío de las yerbas que estaban muy altas, se detuvo lo restante del día, con que se reparó algún tanto.

Miércoles catorce de agosto salió de aquel pueblo un poco de madrugada, y pasando de largo por las caleras de que atrás se ha hecho mención, dos leguas de Hueyotlipan, llegó antes de comer al pueblo y convento de Calpulalpa, otras dos leguas más adelante, todas de buen camino. Allí comió y descansó un poco, y luego prosiguió su viaje, y pasada la puente que está junto al pueblo y después el pueblo de Santiago y los otros dos y el portezuelo, dejando el camino de Otumba a la mano derecha, siguió el que va derecho a San Juan Teotihuacán, seis leguas de Calpulalpa, y pasados dos o tres poblezueros y algunas barrancas, llegó allá antes que el sol se pusiese. Halló a los indios y frailes muy descuidados, que no sabían de su ida, y detúvose allí aquella noche y el día siguiente que fue la fiesta de la Asunción de la Virgen, en la cual dijo la misa mayor y predicó a los españoles que acudieron, que no fueron pocos.



Viernes diez y seis de agosto salió de madrugada de San Juan, y andadas tres leguas de buen camino ancho y carretero, llegó al salir del sol a San Cristóbal Ecatepec. Pasó de largo sin detenerse, y andadas las otras tres leguas, llegó antes de comer a Santiago Tlatilulco. Espantáronse los frailes de aquel convento cuando le vieron tan sin pensar, pero mucho más los de San Francisco de México cuando supieron su llegada; y luego aquella tarde fueron a ver y visitar al padre comisario algunos religiosos de Santo Domingo y otros de la Compañía, y los unos y los otros pretendieron e intentaron saber de él la causa de su vuelta a aquella cibdad tan en breve y tan sin pensar, enviados según se entendió del provincial de San Francisco por sí o por terceras personas, porque por lo que había sucedido con fray Pedro de Zárate, estaban los frailes de aquel convento muy inquietos, como dicho es, y el provincial más que todos, el cual aquel mismo día de nuestra Señora había echado preso al fray Pedro de Zárate porque se le había descomedido en palabras, respondiendo y volviendo por sí en un falso testimonio que le levantaban, en que decían que traía de noche por el convento un cuchillazo en la manga, amenazando y haciendo fieros con él, y aunque habiéndole el provincial tomado la llave de la celda con achaque de buscar en ella el cuchillo, le requirió el Zárate que no la abriese ni entrase dentro si no estuviesen tales y tales personas delante, por cuanto tenía en ella papeles y recabdos de nuestro padre general y de los padres comisarios generales de todas las Indias y de Nueva España y de aquellas provincias, como procurador general que era de todas ellas y comisario de aquella corte; con todo esto el provincial entró dentro con muchos frailes y le escudriñó todo lo que en ella había, sin que pareciese el cuchillo; y le tenía todavía preso. Por estas cosas estaba el provincial temeroso con sus allegados, y querían saber qué intento llevaba el padre comisario. Demás desto, en el interin que el padre comisario fue desde Tezcuco a Tlaxcalla (como dicho es), algunos de los frailes que se hallaron en la elección del guardián de Tezcuco, o porque no se hizo a su gusto, o engañados del Demonio o de sus ministros, escribieron al provincial diciendo que aquella elección había sido coartada y no canónica, poniendo en ellas las faltas que se les antojaron, y con esta nueva el provincial y sus difinidores, como si fuera cierta y verdadera y como si ellos fueran los jueces, publicaron por México que el padre comisario quebrantaba las leyes y estatutos, contando lo que de Tezcuco les habían escrito y afirmando que estaba privado de su oficio por haber así coartado la dicha elección, y que no era prelado general, sino sólo visitador; y escribió el provincial a Tezcuco que cuando fuese el guardián electo no le recibiesen, porque su elección no había sido canónica. Publicaron asi-

mesmo que el padre comisario general fray Alonso Ponce había procurado y negociado el estatuto que trata de los nacidos en las Indias, en que se manda que no se les dé el hábito hasta tener veinte y dos años de edad, para por esta vía y con este falso testimonio, según se entendió, indignar contra él no sólo a los mismos frailes nacidos en las Indias, más aún también a los seculares sus padres, parientes, amigos y conocidos; siendo todo muy al contrario, porque el padre comisario general sobredicho no fue vocal del capítulo general de Toledo intermedio, donde se hizo el dicho estatuto, e ya que fuera vocal, que no fue, nunca había estado en las Indias ni sabía lo que acerca desto en ellas pasaba, ni pensaba entonces venir a ellas, que un año después le dieron la comisión, y forzado de la obediencia la aceptó y puso por obra. Y aunque es verdad que esta invención última que así publicaron, hizo operación en los ánimos de algunos de los seculares sobredichos y los tuvo algún tiempo engañados e indignados contra el padre comisario; conocida después y sabida la verdad y su inocencia, se desengañaron y volvieron su ira e indignación contra los frailes que aquello les habían dicho, porque vieron que ellos antes del capítulo general o intermedio de Toledo sobredicho, tenían hecho estatuto que no se recibiesen los dichos nacidos en las Indias si no tuviesen veinticuatro años, y juntamente consideraban a cuán pocos destes tenían puestos en guardianías, habiendo ellos y no el padre comisario hecho el capítulo intermedio de Xuchimilco próximo precedente, y dado y repartido en él los oficios a su voluntad; y de aquí vinieron a inferir los seculares sobredichos que aquellos frailes que les habían engañado que no eran nacidos en las Indias sino en España, y tomado en ellas el hábito, pretendían alzarse y quedarse con las guardianías y oficios, y hacerles creer que el padre comisario era la causa desto. Pues todo esto, como dicho es, se había publicado en México por orden del provincial y sus difinidores y allegados, entre letrados y gente principal, y aquellos padres de Santo Domingo y de la Compañía propusieron lo más dello al padre comisario, el cual les respondió y satisfizo de suerte que quedaron contentos y casi desengañados, y aun uno dellos decía que no quisiera por todo lo del mundo haber dejado de hablarle, porque antes le tenía engañado y como embaucado, y ya quedaba muy satisfecho sabida la verdad. El padre comisario no les dio a entender la causa de su vuelta a México, antes en alguna manera se quejó dellos porque se la pedían. Luego le envió a llamar al arzobispo, al cual fue a ver a la tarde, y el arzobispo, como si se hubiera hallado presente, le contó todo lo que había pasado en la descalabrada de fray Pedro de Zárate, y le rogó que por entonces no tratase dello ni hiciese información sobre ello, sino que hablase al provincial y a los demás

frailes con suavidad, familiaridad y llaneza, como si nada de aquello hubiera pasado, representándole que estaban todos muy medrosos e inquietos, y que no convenía hacer por entonces otra cosa. El padre comisario le besó las manos y le dio gracias por lo que le avisaba, ofreciéndole que así lo haría como se le encomendaba. De allí se volvió a Santiago Tlatilulco, a donde el día siguiente, diez y siete de agosto, le fue a ver el provincial, muy acompañado de frailes (que no poco se notó) y sin tratar nada de lo pasado los regocijó a todos el padre comisario y comió con ellos, y habiéndolos despedido se fue a la tarde al convento de San Francisco, donde sin tocar en el negocio de Zárate, representó al provincial y difinidores lo que habían dicho y publicado del de Tezcuco, poniéndoles delante cuán mal lo habían hecho, y cómo él había procedido bien y hecho rectamente su oficio, dándoles de todo razones tan eficaces, que no tuvieron qué replicar, aunque nunca se dieron por vencidos ni dejaron de pasar adelante en decir y publicar que fray Alonso Urbano no era guardián de Tezcuco. Tales efectos hace la pasión cuando se enseñoa de un hombre, y si son muchos los apasionados y todos tiran a un blanco, necesidad tiene su contrario de paciencia, prudencia y discreción, con el favor divino, para librarse dellos y no hacer cosa que no debe.

Entendido esto por el padre comisario, mandó a fray Alonso Urbano que se fuese a su convento y guardianía, y dióle carta patente della, mandando por obediencia y censuras de excomunión *latæ sententiae*, que por tal guardián fuese recibido y obedecido por los de aquel convento, pues por ellos había sido elegido canónicamente y por él confirmado, y sospechando lo que después hicieron, le dio otra patente en que le hacía su comisario para negocios de aquella casa, especial para averiguar lo que en ella había pasado cerca de aquella elección. Sabida esta ida por el provincial y discretos, acudieron luego al padre comisario con una petición en que pedían que no le enviase, diciendo que no era guardián, alegando en ella las causas que de Tezcuco les habían escrito, pero el padre comisario, no obstante aquello, mandó al fray Alonso Urbano que se fuese a su casa, el cual se fue y llegado allá, el lector de artes que él había dejado por su presidente y tenía ya munidos y amotinados los estudiantes, no le quiso recibir por guardián, pero recibióle por comisario vista la otra patente que llevaba. En pena desta culpa o para principio della, quitó el padre comisario la lectoría al dicho lector y le sacó de allí, y con él cinco o seis estudiantes y moradores que le ayudaron, y puso otro lector y estudiantes en su lugar, con que aquel convento quedó por entonces quieto y pacífico.

Detúvose desta vez el padre comisario en México hasta tres días de septiembre y en este ínterin sucedió lo que dicho es, **SEPTIEMBRE** 1585 y se concluyó la causa de fray Pedro de Zárate, por qué el provincial le había echado preso, pero no la otra de haberle descalabrado y de haberle tomado la llave de la celda y entrado en ella (no obstante su requerimiento), de la cual, según él después se quejó, le faltaron muchos papeles y recaudos.

Viendo el padre comisario los daños e inconvenientes que de estar en México el provincial se habían seguido, tan grandes y perniciosos, y que se seguirían otros mayores si allí le dejase durante la visita de la provincia, determinó sacarle de aquel convento y cibdad, y para que esto se hiciese sin nota (la cual procuraba evitar todo lo posible, como la evitó) y para que entendiese aquel pueblo que no había diferencias entre él y el provincial, concertó que ambos saliesen de México y fuesen juntos a recibir al virrey que se esperaba en aquella flota, y que primero visitasen ambos juntos al arzobispo y oidores y a los preladados de las órdenes; hízose todo así y todos quedaron muy edificados y recibieron muy grande contento y alegría, entendiendo que lo de dentro conformaba en todo con lo que de fuera parecía, y que con aquello cesaban las inquietudes y desasosigos del provincial y sus consortes. Hízose este viaje como agora se dirá.

[CAPÍTULO XII]

De cómo salió el padre comisario otra vez de México en prosecución de su visita y a recibir al virrey

Miércoles cuatro de septiembre de ochenta y cinco, dejándose el padre comisario en México a fray Francisco Salcedo, el de Guatemala, salió de Santiago Tlatilulco, a donde había ido el día antes, camino de Tlaxcalla, de donde se había vuelto como dicho es, y llevando en su compañía a su secretario y al dicho provincial y a su compañero, y a fray Juan Cano el lego, llegó al salir del sol al pueblo de San Cristóbal Ecatepec. Al subir de la cuesta de Guadalupe aquella madrugada, por no llevar guía ninguna, anduvo un gran rato perdido con todos sus compañeros sin poder atinar con el camino, a causa de que por allí hay muchas sendillas y la obscuridad de la noche era muy grande; llegó a lo alto de la cuesta, y a la bajada hubo la misma dificultad y peligro no pequeño de despeñarse todos; pero quiso nuestro Señor que caminando muy despacio y con mucho tiento